

Sobre la falta de Arqueología en las ediciones de clásicos

por

Carlos Alonso del Real

DESDE hace unos años ha aumentado, en volumen antes insospechado y, en general, también en calidad, la actividad editora de clásicos griegos y latinos en España. Ya por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas —Instituto Nebrija (Clásicos Emerita)—, ya por entidades particulares dedicadas a la enseñanza o simplemente editoriales. Esto es, en sí, un signo favorable y no hay sino que alegrarse. Pero de la lectura de estas ediciones se desprende una enseñanza negativa que este Congreso parece un lugar adecuado para exponer: la escasez de notas arqueológicas.

En muchas de esas ediciones —pongamos en todas, y esto servirá para resaltar más aún lo que vamos a decir— los comentarios literario, gramatical, métrico, etc., son excelentes. En algunas se puede decir sin reservas que óptimos. Las introducciones suelen estar bien hechas y a veces muy bien hechas. Pero se nota la falta de un adecuado comentario arqueológico. Nombres de objetos, de formas de construcción, etc., que sin comentario —y en muchos casos sin representación gráfica más o menos «reconstructora»— son incomprendibles, alusiones a edificios o instrumentos, armas célebres, etc., pasan sin explicación, mientras cualquier particularidad de lenguaje, cualquier mención de un personaje mítico dan lugar a notas o escolios, a veces —repito que digo esto con alegría y sin reservas— excelentes.

Ante esta notoria deficiencia se le ocurre a uno preguntar: ¿Cuál es la causa de esto? ¿Cuál su real importancia? ¿Cómo podría remediarse?

«Teóricamente» no se explica. Los editores —en el sentido científico— suelen ser gente que ha hecho o está terminando su licenciatura en Filología Clásica y en el plan de ésta consta la Arqueología. A veces se anuncian cursos o seminarios a base de comentar arqueológicamente textos, etc. Así, pues, los filólogos deberían tener conocimientos suficientes o, por lo menos,

un sentido claro de la necesidad de éstos. Sin embargo, o no los tienen, o si los tienen, no creen necesario aplicarlos aquí. ¿A qué se debe?

Es posible que muchos de los asistentes a este Congreso conozcan el problema mejor que yo. Sin embargo, en vista de que nadie se ocupa de ello y sin más apoyo que mi experiencia personal y mi propia reflexión, me aventuro a adelantar algunas explicaciones que querría ver mejoradas —rechazándolas si es preciso, ¿por qué no?— por los congresistas más expertos.

De hecho me he encontrado a menudo con una curiosa incomunicación entre arqueólogos y filólogos, y aun una especie de desconfianza. Es desagradable tener que recordar aquí esto, pero creo que es un hecho que consta en la experiencia de todos. Ahora bien, como es evidente que no hay razón personal alguna para que así sea, esta incomunicación parte, a su vez, de una cierta incomunicación entre las disciplinas. A lo que he vivido en muchos casos, la filología se plantea entre nosotros como una combinación de crítica textual y lingüística aplicada con una orla decorativa de mitología o historia de las instituciones. No sé quién será el responsable de que sea así —es muy posible que aquí no tenga sentido hablar de responsabilidad—, pero así suele suceder. El filólogo, por tanto, considera la arqueología que tiene que cursar —en muchos casos no me atrevo a decir «estudiar»— como un pensum o como una materia secundaria y decorativa. Y así sale ello. Por su parte, la Arqueología suele sustantivar sus técnicas y no darse cuenta de que, por importante que sea como «disciplina en sí» (esto tiene, a su vez, raíces mucho más profundas, es uno de los «pecados originales» de nuestra menguada vida intelectual, y no sólo *in philologicis*), en ciertos casos tiene que actuar como disciplina instrumental al servicio de la Filología (a veces será al revés, claro).

Consecuencia: El futuro filólogo o estudia mal la Arqueología o la estudia bien, pero como «otra cosa». Consecuencia última, las deficientes ediciones usuales —deficientes en lo arqueológico— aunque sean buenas y hasta muy buenas en lo demás.

Ocurre esto, a su vez, porque no suele presentarse en nuestra enseñanza universitaria un plano de conjunto de lo que es la «Enciclopedia Histórica» (*sit venia verbo*), y cada cosa va por su parte. Hay aun mucho de «anticuario» en el concepto real, vivo (no importa que los programas digan otra cosa), de lo arqueológico, y mucho de «retórica», de clasicismo, de escuela —sobre todo en estos últimos años, desde que se han puesto de moda esas monsergas del «humanismo» y del «valor formativo»— en lo filológico. Todo esto es lamentable, pero es, o al menos a algunos nos parece, y agradeceríamos que se nos demostrase con hechos —*con hechos, no con discursos*— que estamos equivocados.

¿Cuál es la importancia real del asunto? Creo que, en primer lugar una deficiente comprensión de los textos, esto es evidente. En segundo lugar, un vacío enorme en la información histórica. Pero todo esto es poco grave al lado de lo que podríamos llamar la «desrealización», o «fantasmalización» del mundo antiguo. Una edición de clásicos sin adecuado comentario arqueológico «evapora» las armas, las máquinas, los muebles, los edificios, etcétera. Queda un mundo compuesto de palabras, mitos, leyes, biografías; está bien, pero sin *cosas*, sin *res*, *desrealizado*. ¿Se percibe bien el contrasentido de hablar de «humanismo» y «valor formativo» cuando se presenta al lector de clásicos un mundo en que el hombre ha perdido su carácter de «faber» o «instrumentífico»: He aquí a lo que conduce plantear mal las cosas.

Resulta difícil remediar esto. Poner unas asignaturas en un programa, la experiencia nos lo enseña, no resuelve nada. Mientras no presentemos ante la inteligencia del futuro arqueólogo o filólogo un plano de la «Enciclopedia histórica», donde sepa realmente cuál es su lugar de trabajo —algunos con un trabajo individual, autodidáctico, llegan a hacérselo, pero no todos, y a menudo «tarde, mal y en vano»— y mientras no sacudamos la obtusa incomprensión reinante entre los miembros de nuestro microscópico mundo historiográfico, todo será tiempo perdido. Se suele hablar mucho de «Universitas», pero, ¡ay!, nuestra vida universitaria suele ser una pululación de particularidades.

Ahora bien, creo que esto se puede acometer, también, desde fuera del ámbito estrictamente institucional de la Universidad, en el ambiente de un Congreso como éste, en el que conviene que los arqueólogos nos ocupemos también en tratar no sólo de dónde está ahora nuestra disciplina, sino de dónde debe estar, sobre todo si, como ocurre en este caso, no está.

(Comunicación leída en el I Congreso de Arqueología del Levante Español.)

